

# GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## La información de GENTE VIEJA

Lo he dicho muchas veces; más que *politiquear* (en España ha habido necesidad de crear el verbo), lo que necesitamos es más Catecismo.

Virtud para soportar, en los de abajo; largueza y caridad, en los de arriba.

Pero como esto, que en teoría es hermosísimo, es muy difícil en la práctica, aunque lleve un sello de grandeza inmensa, me recuerda aquel decantado artículo de la Constitución del 12, que decía:

«Todos los españoles serán buenos y benéficos.»

Predicar largueza y virtud es muy sencillo, y muy distinto que dar trigo.

Por eso—y no lo digo como idea fresca—lo único que puede nivelar en la medida posible es hacer una ley obligando al patrón á interesarse al obrero en las ganancias, con un tanto por ciento, ó algún pequeño interés que despierte en él el deseo de no interrumpir el trabajo. Esto, además, ofrece en el orden moral un aspecto de fraternidad, de fusión, que tiende á restringir los odios de clases.

Es, hablando el lenguaje modernista, una medida *blanda*, aceptable hoy, que los pueblos tienden á terminar la guerra de la fuerza, sustituyéndola por la discusión.

¡Ira de Dios! ¡Cuánta frase hecha se toma y se da por buena!

Ésta habría de oírse ya con la misma sonrisa despreciativa que la de “todos los españoles”, etc.

“¡Hoy, que los pueblos tienden á sustituir la guerra de fuerza!”

Á eso tiende la guerra anglo-boer. ¡A eso hemos tendido españoles y yanquis!

¡Desengañémonos! Hay males necesarios. La guerra, uno de ellos. Las revoluciones, por extensión.

Mientras delante de un hambriento se coma otro hombre un panecillo, irá germinando primero la envidia, luego el odio, después la idea de posesión que se resume en la lucha.

Y como, según las estadísticas—datos habidos en la “*casa de la sogá*,” en el “*campo el Mereje*” alrededores de la Cárcel Modelo y escalerillas de la Plaza Mayor—hay más individuos que panecillos, andan las masas de hombres á la rebatiña de las masas alimenticias.

Este es el gran secreto de estos movimientos *políticos*. Como los anteriores, y los que vendrán, no han tenido *ni mija* que ver con la política, aunque son bautizados por la eterna frase hecha.

Hoy hacen la revolución, siguiendo la gradación y el turno con riguroso escrúpulo, los obreros.

Mañana vendrá á hacerlo el cuarto estado, el hombre del campo, que come un gazpachuelo y trabaja de sol á sol.

Después la harán los *andarríos*. El golfo sin apellido, ni domicilio, que abre la portezuela de la gran carroza, produciéndole su servicio humilde una perra y un moñín de asco....

Esto ya no lo verá yo; porque como decía un barbero de Cariñena que reducía en una frase todo el filosofismo puro:

«¡Después de cien años toos calvos!»

\* \* \*

Sin embargo, ó quizá en vista de lo que el barbero asegura, la gente se divierte.

La afición al teatro crece en España por modo prodigioso.

Cada día hay más público, y por consecuencia más autores y más actores.

Muchachos distinguidísimos que tienen su vida resuelta en el foro, en el Parlamento ó en las armas, se inflaman en ardores teatrales y fabrican una obra en tres actos que es el imbogio del curso de su vida, el obstáculo al medro personal, y casi siempre la gota de hiel que produce un mártir postergado y un inútil en todas las cosas para que fué creado.

Si no llega á autor, sueña con pintarse la nariz y *hacerse una cabeza* y salir á las tablas á servir un vaso de agua ó entregar una carta.... ¡Estamos en plena fiebre dramática!

Ser el íntimo de todos los representantes de empresas teatrales, conocer á la Brú, saludar á la Domus, visitar á la Pino.... ¡he aquí uno de los más encopetados prestigios de la moda!

Los periódicos hablan más de teatro que de Parlamento.

Secciones que dedican:

1.<sup>a</sup> «Las obras de anoche» (suelen ser muchas, pues hay un exceso de producción aterrador.)

2.<sup>a</sup> «Telegramas y bombos, de provincias.»

3.<sup>a</sup> «La cuestión pendiente» (rencillas entre dos típles, ó Paris, Escudero y Berriatúa en competencia. Acaso se atrapa otro buen nombre de algún autor de fusto. Los últimos perseguidos por el furor teatralesco fueron Galdós, los Quintero, Jacinto Octavio Picón.... Luego el simpático Enrique Gaspar con Pepita Tudó y mi querido Blasco, al margen.

Otra sección para comunicados de típles que expliquen su conducta (!)

Otra con alguna carta de despedida al público y.... otra de los Capuletos de Fulano y los Montescos de Zutano que arrían una ú otra bandera y defienden á la empresa ó al actor, en cada una de las mil controversias menudas y que ocupan tres veces ó cuatro por semana los grandes rotativos.

Añádanse los anuncios de la música, y la música misma dándose al viento lanzada por 50.000 organillos que corea el aprendiz, el mandadero, la fregona y la chica de la caja....

Hacen bien:

¡Después de cien años, toos calvos!

CAGLIOSTRO.

## DIALOGO SUBJETIVO

—Piensa en ella.

—No quiero.

—Tan constante... ..

—¿Tan constante? ¿Quién sabe? ¡Tan traidora!

—¿Cómo es posible que te olvide ahora

quien tanto tiempo se mostraba amante?

—Por eso mismo; la mujer varía;

—Pero ella no. ¿La quieres?

—¡Con locura!

—¿Y si olvidado hubiese tu fe pura?

—¡¡Aunque me fuese infiel, la adoraría!

FÉLIX DÍAZ GALLO.

## UN CUENTECILLO

Juan León, el Chato de Algeciras, y Perico Ponce el Canillas del Puerto, chalanes de oficio, cañís de nacimiento y trapaceros de condicion, tenían en la taberna ó colmado del Sr. Manuel (a) el Cebedeo, su tertulia con otros de su calaña, cuando no tenían tratos en que mediar como corredores.

Una tarde entró Juan muy cabizbajo, contra su costumbre.

—¿Qué traes, hombre, que tienes la cara tan *afligida*?—le dijo su compadre.—No estés *asina, nivelate*. ¿De qué quieres tomar unas copas, de manzanilla ó de peleón?

—De *fiado*, porque ni tú tienes una mota, ni yo la he visto hace días—contestó Juan.

—Quita allá; ¿no ves que esto es *fiduciario* y aquí se bebe y se vive del crédito?

—Niño—gritó Pedro, llamando al dependientillo del establecimiento—tráenos unas cañitas y dile al señor Manuel que apunte.

—Me ha dicho el amo que se le han cansado los brazos de tanto apuntar, y que ya no apunta con el lápiz, sino con la escopeta; que él siempre está apuntando y ustedes nunca mandan hacer fuego.

—Vamos, niño, no seas guasón; trae las cañas y dile al amo que mañana voy á esquilarse al perro del Capitán y á la burra de la alcaldesa, y le pagaré las cuatro pesetas que le debemos yo y éste.

Con esta promesa de pago, transmitida por el chico al amo, el Sr. Manuel se apiadó de ellos y se les sirvieron en una batea las seis cañitas reglamentarias.

—¿Ves, Juan, cómo aquí tengo crédito? Bebe y alégrate.

—No puedo alegrarme, Perico; me *ajoga* la pena: hace un mes que no hago un trato. *Ende* que aquél *adalunó* (madrileño) nos metió el *lili* (jaco loco), he *perdió* la parroquia, y ya cuando paso por el almacén de D. *Inacio*, ni él ni sus amigos me saludan.

—No te apures, Juan, que á mí me sucede lo mismo; pero esto ha de cambiar. ¿Quieres que hagamos lo que me dijo la Gertrudis el otro día que me echó la buena ventura?

—¿Y qué te dijo?

—Pues mira; me dijo que ya que ahora no hago tratos, que siquiera cambiara con alguien la ropa, y así empezaría á variar la suerte. ¿Quieres que cambiemos algo?

—Vaya, que sea—contestó Juan.

—¿Quieres cambiar de chaqueta?

—Hombre, ya te he visto llevar esa cuatro años por la cara; ahora ya la llevas tres por la cruz; no te talta más que ponerla de canto; y como además, en siete años que no te la quitas de encima, ya la tienes muy *domda* y muy hecha á tu cuerpo, y es *pa* ti como una persona de tu familia, te va á dar mucha pena desprenderte de ella.

—¿Quieres cambiar el *filichi*? (chaleco).

—Si no tuviera esos flecos, *ende* luego; pero ya no están de moda las chorreras.

—Bueno, hombre. ¿Quieres cambiar el pantalón?

—Por lo tocante al pantalón, te diré francamente que esos remiendos negros hacia la baticola no te favorecen *náa* esa fisonomía que á veces parece la cara *hincháa* de un negro con dolor de muelas....

—Pues entonces, acabemos; tú estás hoy muy guasón; di que no quieres cambiar *náa*.

—Pá que tú veas que eso es hablar por hablar, te voy á proponer cambiar la faja.

—¡E! Eso mismo te iba yo á decir; pero á condición de que yo te ponga la mía.

—Aceto—dijo Pedro—y los dos amigos se fueron á un rincón de la taberna; y vueltos de espaldas el uno al otro, comenzaron á deshacer las vueltas de aquellas tiras de tejido que llamaban fajas.

Conforme habían convenido, se las colocaron recíprocamente.

—Juanillo, te has quitao diez años de encima. Con mi faja encarnáa estás majo de veras; hasta parece que tienes los dientes más blancos.

—Pues mira, Pedro, tú estás pa chillao con mi faja azul, y no te lo digo por adularte; vas mejor vestío que el Guerra.

Los dos amigos quedaron encantados de haberse engañado á cual más, y se despidieron hasta el día siguiente.

Pero cuando Perico llegó á su casa y su mujer, que era una bravía de esas de toda la barba, vió que llevaba otra faja y que por el más chico de los agujeros pasaba un civil á caballo, le armó el escándalo más monumental que registra la historia.

—Ahora mismo vas donde el granuja de Juan, y descambias ese *jarambel*, ó no entras más en casa —gritaba la Patro;—fuera de aquí *desgalichao*, sin vergüenza, *gastaor*.

El pobre Perico no tuvo más remedio que ir en busca de su compañero, á contarle la escena de su casa.

—Juan de mi alma, por tu *salucita*, por la gloria de tu madre, por la *felicidad* de tus hijos, por la paz de una familia *honrada*, te pido que me des mi faja, porque la Patro no me deja entrar en casa con esta tuya.

—¡Pero Perico, Perico! ¿Es posible que seas tan inocente que no hayas *comprendío* que ya era de mi faja la última postura?

FEDERICO HUESCA.

## ANACREÓNTICA

### I

#### DEVANEIO

En 1858

Para que tú me miraras quisiera volverme espejo; y collar de ricas perlas para rodear tu cuello; y túnica de brocado para ceñirme á tu cuerpo; y volverme tu almohada para saber tus secretos; ser quisiera tu abanico por verme en tu mano preso, y allí respirar el aire calentado con tu aliento; y recoger tu cabeza y jugar con tus cabellos. ¡Quién te robara los brazos para estrecharme con ellos y contaras los latidos del corazón en mi pecho! Ser quisiera tus oídos para rechazar con celos las lisonjas amorosas que te dirigen los necios; y ser sandalia quisiera, en mi loco devaneo, para que allí me pisaras con ese pie tan pequeño; te tapara con mis ojos tus lindos ojos, tan negros, para que sólo miraras á mí, que me miro en ellos. ¡Quien fuera el tul vaporoso que al rostro sirve de velo para acercarme á tu boca y darte un furtivo beso!

En tu corazón entrara para arrancarlo del pecho y fundirlo con el mío, que está por el tuyo ardiendo. ¡Quién calentara tu sangre para abrasarme en su fuego, y que así correspondieras al amor que por tí siento!

### II

#### DESENCANTO

En 1902

Ayer te encontré en la calle; como los dos somos viejos, recordé tu linda cara que inspiró mi *Devaneo*; y te vi llena de arrugas, cano el escaso cabello, las manos secas, la barba casi apoyada en el pecho, abultada la cintura; los ojos sin luz, ya muertos, con la tos, que te atormenta por el catarro perpetuo; y tu boca, aquella boca que estaba pidiendo besos, sin dientes, marchito el labio, es hoy mi arrepentimiento; los pies, aunque vacilantes, te llevan al cementerio, y ya, convertida en momia, al amor inspiras miedo.

Para curar mi locura ven, y mírate al espejo; al mismo espejo que entonces copiaba tu hermoso cuerpo, el cuerpo que tantos mozos, al encontrarte en paseo, te segufan, arrastrados como al imán el acero; hoy, al pasar, no te miran ó hacen un marcado gesto. Con el rosario en la mano estás metida en el templo, pidiendo á Dios que perdone tus pasados devaneos. ¿Adónde fué la belleza, admiración de tu pueblo, que volvió locos á tantos porque no te comprendieron? ¡Ah, no! ¡Tú no eres aquella!... ¡Obra maldita del tiempo! ¡Es preferible la muerte antes de llegar á viejo!

TEODORO GUERRERO.

## ALLES FÜR ALLE

Un cura catalanista y carlista acaba de predicar en Barcelona un tremendo sermón, que no es otra cosa que una proclama carlista, separatista, y un himno de odio contra la libertad. Siento decirlo; pero excepto en lo de *traer* á D. Carlos, en lo del separatismo y en lo de matar liberales ni carlistas, porque este buen.....carca olvida en su entusiasmo dinástico los preceptos del Decálogo, en lo demás de que "es preferible morir en el campo de batalla que consentir en que siga el imperio del libertinaje", confieso que tiene razón.

Confieso igualmente que estoy bastante alejado del movimiento literario, que dicen modernista, y no ciertamente por cansancio de las letras, ni por despreocupaciones de la edad, sino..... ¡por miedo! Encuentro en esta literatura malsana tal procacidad, tal impudor, que me alegro infinito no tener hijas, ni hermanas á quienes cuidar, porque es cosa de cerrar la puerta á todos los periódicos, aun los menos sospechosos y más admitidos. Hoy mismo previenen algunos contra la novela titulada: *Memo-*

*rias de una doncella*, con el piadoso fin, tal vez, de hacer el más eficaz reclamo; pero no hay que acudir á tales manejos cuando á diario se entran por las puertas artículos, cuentos y exabruptos de los jóvenes modernistas. Dos tendencias se señalan en la mayor parte de los trabajos modernos: una esencialmente atea, que insinúa dulcemente la duda, la imposibilidad de los dogmas; y otra francamente sensualista, pero del más pésimo gusto realista, que invita á la juventud al placer, como aquel personaje de Shakspeare, á las doncellas, que no me atrevo á citar.

Si este es el modernismo que anda buscando el Director de GENTE VIEJA para adjudicar el premio de las 250 pesetas, que me avise dónde hay que cobrar.

Lean ustedes recientes poesías que han visto la luz en *el eco imparcial de la opinión y de la prensa*, como á sí mismo se llama el diario aludido, ¡y verán ustedes cosa buena, para ponerla en manos de sus inocentes hijas! Ya no se sabe pintar el amor puro, ya no hay más que escenas que ruborizan á un guardacantón, amor de besos y de indecencias. ¿Qué más? Hasta en un cuentecillo, titulado *Natura*, se describe, si bien refiriéndose á animales, lo que jamás se puede tolerar entre gentes de pudor. Y es que ya "bebemos la iniquidad como el agua", y esa masa neutra, que permite que domine en la esfera política la canalla, como algo crudamente, pero con harta razón, ha dicho el Sr. Silvela, ve con indiferencia esa ola de inmundicia que invade nuestra literatura, siguiendo las huellas de Zola, precisamente cuando allí decae, por la manía de tomarlo todo de ese país, justificando lo que me decía en Francia un literato: *Nous vous fournissons tout, depuis la jupe de vos dames jusqu'à votre poésie dramatique*.

¡Y por Dios que tenía razón! ¿Estará llamado el Cristianismo á desaparecer de los pñeblos latinos? Porque todo este conjunto de ataques á sus dogmas y á su moral puede llevarnos á los tiempos de la decadencia del Imperio; y parando un poco las mientes en ello, yo encuentro en ambas épocas muchos puntos de contacto, hasta en la literatura.

No hace muchos años que la lectura de *Dafnis y Cloé*, de la *Celestina* y de *La Tía Fingida* era punto menos que escandalosa y cosa vedada á todo el mundo. *La Tía Fingida* por esta razón no fué incluída en las novelas de su autor, y creo que á un clérigo de Sevilla, y para distraer los ojos de su Prelado, retirado en su palacio de Umbrete, se debió el que no se perdiese, como se perdieron *Las Semanas del Jardín* y la segunda parte de *Galatea*. Hoy, y ante nuestros despreocupados modernistas, estas cosas resultan inocentes. ¡Me criticó Salvador Rodrigo en estas mismas columnas por llamar al modernismo pura estupidez: me arrepiento; si modernismo es esto que censuro, ya no me parece estupidez, sino pura indecencia! ¡Con motivo de las bromas del Carnaval, hemos podido apreciar cuánto ha bajado el nivel de moralidad y de educación, aun en las clases que se dicen *directoras*; ¡como que hay escritores que dicen que Dios ve con paternal indulgencia nuestras debilidades; y como con la misma paternal indulgencia la miran las autoridades de aquí abajo, todos se creen facultados para las mayores barbaridades, y como que se añade que es una tontería eso que nos están predicando hace diez y nueve siglos sobre los escándalos del Carnaval; á ver si este modo de escribir y de instruir al pueblo no lleva por objeto atacar á un tiempo la doctrina y halagar los sentidos, haciendo de la idea cristiana de premio y de castigo un espantajo, para que el descreído diga al morir como Montaigne: *Je me plonge stupidement dans le néant*.... ¡Es preciso acudir, para hallar doctrina sana, á escritores y á personajes no católicos! Kruger invoca á cada momento el nombre de Dios, y en uno de sus cuentos Bjoernsterne Bjoernson exclama: ¡Bueno es que haya algo tan alto que nadie lo pueda alcanzar! Aquí se dice en baille! Catón fué al Circo.... y nosotros llevamos el mismo camino que la patria de Catón, á pesar de nuestros regeneradores.

\* \* \*

Esa bella mitad del género humano, las mujeres, de quienes decía un amigo mío que así como el Sacro Romano Imperio, según Voltaire, no era

Sacro, ni Imperio ni Romano, ellas no eran ni hermosas, ni mitad, ni género humano; esa mitad, pues, que ahora iba conquistando tantos privilegios, empieza á perder sus prestigios. De América nada menos, que es de donde hoy viene todo el adelanto, llega un tremendo golpe para el feminismo.

La Universidad de Nueva York ha declarado que no admitirá más estudiantes femeninos: y la razón es convincente, según el profesor Raymund: la de que se ha comprendido al fin que la mujer no es capaz de entender de otra cosa sino de las faenas de la cocina. Traslado á las *bien vestidas*.... digo, á las elegantes escritoras de nuestros días.

Dos impresiones de *meeting*, para concluir: En Oviedo un Catedrático de Medicina ha dicho á los estudiantes que hay una gran enferma que curar: la Patria. Si con médicos políticos nos ha ido tan mal, ¿qué será de la pobre Patria el día en que empiecen a recetarla bromuros y antipirinas? En otro *meeting* ó banquete, el Sr. Muro dijo que no quería hablar en Carnaval, porque el Carnaval es una farsa monárquica. ¡Sin duda en Roma, en Grecia y en Francia no hubo ni hay máscaras ni Carnaval en cuanto asoma la máscara del gorro frigio, que es un disfraz en todas partes! Y es que estos republicanos son deliciosos: no sé cuántas líneas de comunicaciones se han establecido en los Estados Unidos para transmitir de hora en hora el estado de salud de un hijo del Presidente. Y como ha dicho un periódico, con muy buen sentido, eso, que en un régimen monárquico podría pasar, aunque tendrían que oír los republicanos, en aquel régimen es intolerable, porque la salud y la muerte del joven enfermo importa tanto á la República como la de un cargador del muelle de Nueva York. Allá ellos.

GERARDO.

## TABACO DEL ESTANCO

A D. ALBERTO SANTIAS <sup>1</sup>

Quisiera yo, don Alberto, corresponder dignamente á la invitación atenta con que usted me favorece, y escribir para su libro cosa digna de leerse, como lo que escriban Cavia y Blasco y Felipe Pérez con el peregrino ingenio que Dios á los tres conserve; pero usted, amigo mío, muy equivocado viene si espera usted que este viejo algo original invente que tenga algún atractivo y que al lector interese. Podría escribir de impuestos si podría, si supiere, y fuera yo un hacendista del fuste de Villaverde, ó de <sup>2</sup> Eleuterio Delgado, de usted dignísimo Jefe; mas con las leyes de Hacienda me ocurre precisamente lo que á todo español neto, que entiendo poco de leyes; y no me hable usted del timbre, porque me equivoco siempre, y si he de poner alguno me confundo y me sucede que pongo de cinco céntimos donde he de poner de veinte, ó diez en vez de cincuenta, y me expongo tontamente á que me saquen la multa que el reglamento previene.

<sup>1</sup> Este romancillo se escribió para un libro editado por mi amigo Santias, pero llegó tarde, tan tarde, que cuando llegó ya se había publicado el libro. El amigo Valero me pide algo para GENTE VIEJA, y le envío, en mi deseo de complacerle, lo más nuevo que tengo.

<sup>2</sup> No ha cabido el don; dispense D. Eleuterio la confianza.

De tabaco sí que entiendo desde que era yo un imberbe; que fué mi novia una chica muy tierna, llamada Nieves, que su padre tuvo Estanco el año cincuenta y siete en la calle del Espíritu Santo, en el número trece. Era el padre un retirado, que las daba de valiente, y á su mujer y á la chica las ponía el cuerpo verde de palizas que les daba, y decía:—«Estas mujeres que no saben las indinas traer al Estanco gente, ¿para qué están en el mundo?... ¿para qué están si no venden arriba de tres pesetas al día?... ¿Qué diablo tienen metido dentro del cuerpo?... ¡Y ellas eran inocentes! Pero él gozaba en el barrio, fama de bruto solemne, y nadie del barrio entraba en su tienda. Solamente entraba yo, seducido por aquella niña débil, tan humilde y pudorosa, tan rubia, de ojos celestes, que con sus rosados dedos me daba graciosamente, por mi dinero, los puros de á dos cuartos, excelentes tagarninas.... La primera que fumé, por ser tan fuerte, me produjo, bien me acuerdo, un cólico miserere, que me tuvo dos semanas entre la vida y la muerte. A pesar de este escarmiento, proseguí terne que terne fumando las tagarninas.... Fumador impenitente me hizo el amor, y simpático al estanquero, que al verme tan devoto de su tienda, sentía seguramente un consuelo en su abandono; mas quiso mi mala suerte que el Director de Estancadas le diera por Pascua el cese, compensándole con otro Estanco, pero en Tembleque; y de mi amor el idilio terminó súbitamente, dejándome sin consuelo, y con el vicio perenne de fumar peninsulares.... Usted, don Alberto, puede calcular lo que he fumado desde aquel año al presente, y me fumo cada día, por lo menos, ocho ó nueve, y los miles de pesetas que me cuesta el vicio éste. Ni el Estado, ni la Arrendataria me lo agradecen, y aunque debieran, no espero que por fumador me premien; bien que ante los detractores del tabaco que hablan pestes y dicen que es pernicioso fumar y contra la higiene, puede la Tabacalera presentar en mí el patente ejemplo de que fumando vive un hombre, come y bebe muchos años, y si acaso daño efectivo padece, es un daño que le afecta al bolsillo únicamente.

Y en este punto, querido don Alberto, me parece que ponerlo á este romance será lo más conveniente. Llevo ya veinte minutos calentándome al caletre y sin fumar.... Conque, amigo, sabe usted que se le quiere, y de ello es prueba el esfuerzo que hice para complacerle. Un coracero me espera, escogido.... ¡Qué bien huele!... ¿Publica usted el romance?... Pues los lectores dispensen. ¿No lo publica?... Pues títrole al cesto de los papeles, y tenga usted por seguro que yo no habré de ofenderme. Madrid, á diez de Febrero, año dos del siglo veinte.

CARLOS FRONTAURA.

## UN ASPECTO SIMPÁTICO DEL REGIONALISMO

Imposible es hoy no preocuparse de esta cuestión; pero hay que ver cómo la tratamos. Acertando con la solución verdadera y deseada por todos, sentaremos las bases de la regeneración de la Patria; pero si en esta obra no somos afortunados, precipitaremos la ruina de la Patria. En siglos pasados, cuando éramos todos, cuál más, cuál menos, regionalistas sin hacer alarde de ello, y acaso sin que lo supiesen nuestros padres, como aquel personaje de Molière á quien hubo necesidad de advertirle que hablaba, sin saberlo, en prosa, apreciábanse instintivamente las ventajas de aquel régimen; hoy se aspira á resucitarlo, sin dar á la variación de los tiempos lo que reclama.

Cuando todas las provincias deben contribuir á la tan deseada regeneración, es sobremanera lamentable la diversidad de miras aun en lo bueno; los coches no marchan como deben cuando los caballos no caminan á la par, y menos aún si emprenden opuestas direcciones. Uno de los suplicios más crueles que inventaron los antiguos era el de atar los remos de la víctima á las colas de diferentes corceles, á los que se hacía, bajo la presión del látigo, tomar caminos diversos. Pues tal será, como la de aquellas víctimas, la suerte del país cuyas provincias tengan diferentes ideales.

Hay quien dice que para regenerar la Patria hay que hacer tabla rasa de su historia. No lo creemos así, como no creemos que deba nadie olvidarse de ayer ni de hoy para trazar el plan de conducta de mañana. No se ha perdido España por haber sido excesivamente idealista, sino por no haber sabido conciliar lo ideal y lo material y por haber cambiado de ideales. Ni los individuos ni los pueblos deben tener más que uno, y el mismo en tanto que viven; por algo son los hombres seres racionales y no mariposas, que si bien tienen por suyo todo el campo del aire, ellas mismas se trazan caminos de perdición hasta venir á perecer en la llama.

Que toda la Nación vuelva la mirada á un ideal, y que al servicio de éste se pongan todos los copiosísimos recursos de la moderna civilización, y suyo será el triunfo. No se perdió Cartago por mercantil, sino por guerrera; ni concluyó Roma sus días por ser guerrera, sino por haberse bastardeado su política. Y Polonia, donde la falta de un voto impedía que se hiciese una ley, perdióse también hasta hoy, cuando á todo trance quisieron los polacos hacer en Europa lo que hacían en sus Dietas y conservar un régimen incompatible con la manera de ser del siglo XVIII. Que todas las provincias recuerden lo que fueron, y de las partes grandes resultará un gran conjunto. Eso de que España se pierda por sobrado idealista, es una vulgaridad; há mucho tiempo que se han perdido los ideales de España. Virgilio sólo aconsejaba á Roma que se acordara de que había nacido para mandar á los pueblos, y ese ideal se había realizado ya cuando cantaba el poeta, y Roma pereció cuando los pueblos extraños comenzaron á dominarla.

Al lado de la España que hoy tenemos, y que no puede continuar como está, hay que colocar las provincias con vida propia y es preciso que recuerden su propia historia. Algo hay de particular á cada uno en las glorias comunes, y más, mucho más, en esas de los elementos locales. Si todo el Ejército español para ser denodado y valiente sólo necesita acordarse de aquellos tercios que había que sitiar en Rocroy como si fuesen fortalezas, el catalán que se acuerde del almogávar; el extremeño, de los conquistadores de Méjico y el Perú; el aragonés, de que sus abuelos formaron guardia de honor á la litera en que se conducía el cadáver de un Rey de Francia; y todos, recordando sus propios anales, se apresten á continuar, como decía Cánovas el día antes de la catástrofe, la historia de España.

Por eso se ha de ser como Jano; los que ven lo presente son los que hacen el caso que deben, así de lo que pasó como de lo que ha de venir; el que atraviesa lo de hoy cruza un puente de más ó menos extensión, pero puente al fin, por donde cruzamos un solo instante. Enhorabuena que se mire al mañana; pero sea con mirada que haya escrutado cuanto se pueda los acontecimientos de lo pasado. Y para eso es indispensable ampliar en un aspecto local la enseñanza de la historia en cada una de las regiones. Tal como se enseña y se aprende la historia de España resulta un conjunto centralizado, ni más ni menos que la política y la administración. Los naturales de las antiguas regiones saben algo de las glorias y de los infortunios comunes, poco de los propios; y nosotros los castellanos aún menos de esos elementos locales, sin los que jamás habiéramos sido lo que fuimos. Desde la escuela se ha de comenzar esta obra, cuidando de que al hacer esto nunca se olvide que aquellas glorias son únicamente sumandos de las nacionales. Para dar á esa idea la forma conveniente sería muy oportuno que cada región, y dentro de ella cada provincia, tuviesen lo que no tienen hoy: libros elementales de historia; y seguramente que ni los asturianos recordarían á Covadonga, ni á Roncesvalles los navarros, ni los catalanes el Bruch sin que tuviesen á la vista los resultados en la historia de España. Nuestra ingratitud, y á veces nuestra envidia, comprende á los muertos como á los vivos, y la suprema ingratitud para con los grandes hombres consiste en olvidarlos ó en no recordarlos tanto como merecen.

Esos libros á que nos referimos, y de los que alguno existe ya, cumplirían una de las más altas misiones de la escuela de primeras letras; y si la escuela ha de ser el plantel de los hombres de mañana, lo mejor será ponerlos en relación al mismo tiempo con la historia de la provincia y con la de la Patria. Al continuar el servicio de ésta crearían, los que de niños pasaran á hombres, que proseguían también la historia de su región, y aun por eso creyeron algunos muy inteligentes en el arte militar que si se ha de despertar en filas y en el campo de batalla conviene subdividir el Ejército nacional en divisiones y cuerpos provinciales. Y como Temístocles no podía dormir ni descansar recordando los triunfos de Milciades, ni César al traer á la memoria los de Alejandro, así se despertaría la emulación entre los hijos de unas y otras provincias, todo en bien de la Patria de todos.

Menguado sería el concepto que exponemos si al recuerdo de guerras y victorias limitásemos ese cultivo del sentimiento regionalista; la región que hubiese producido un gran poeta, un gran industrial, un comerciante de amplias miras ó un gran filántropo, no recordaría esos hombres con menos veneración, ni le servirían de menor estímulo que á las otras que lucieron las altas prendas de sus hijos en los campos de batalla.

Un Gobierno que anhele la regeneración del país debiera abrir concursos y ofrecer premios á los que tomaran á su cargo con la pluma la tarea que indicamos, y no sería semejante empresa de las que menos señalaran para el bien del país la gestión de un Ministro de Instrucción pública.

Y perdónese á GENTE VIEJA que confíe en la regeneración de un pueblo que para proseguir su marcha en la historia no quiera en manera alguna romper con lo pasado.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA

17 de Febrero de 1902.

## COPLA

Que sabemos morir es indudable,  
mas ¿basta ser valiente y caballero  
en un siglo miserable y caduco  
en que *saber vivir* es lo primero?

MANUEL DEL PALACIO.

## Información especial de GENTE VIEJA

*En presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose, ¿cuál es el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados legítimamente como clases directoras de la sociedad?*

Aun apartándome del ilustrado parecer sustentado por algunos señores cuyas firmas figuraron antes que la mía en esta oportuna sección de GENTE VIEJA, estimo el problema de fácil solución, en el terreno teórico, porque á su solución práctica opónense la incuria y perversión humanas.

En el abandono de sus deberes tutelares por parte de los poderosos en la Tierra, vemos todos la superficie sobre la cual se levanta amenazador el edificio socialista. Mientras las míseras angustias de las clases proletarias dejen de encontrar eficazísimo consuelo en las condiciones dimanadas de una nueva constitución social, en la que los principios de nuestra religión sacrosanta, imperen, y los preceptos del Código natural se abran paso, existirá el socialismo, como lógica, siquiera extrema, protesta contra un régimen anormal, consecuencia indudable de la corrupción colectiva. Por eso son tan antiguas las tendencias socialistas. Por eso han resucitado encrespadas como las olas de un mar conmovido por la tempestad, en nuestros días, cada vez más aciagos, más inhumanos. Por eso también amenazan en los modernos tiempos, precediendo al fantasma disolvente del anarquismo.

Necesitamos aprestarnos para combatir contra ese ejército de enajenados, pero á quienes sumió en la demencia el hambre, y para ello, lo repito, las mejores armas son: una bandera de paz y sinceros y caritativos ofrecimientos de concordia. A la sociedad, en general, corresponde luchar en esa simpática batalla por la paz, en ese torneo de magnanimidad y de altruismo; á los Gobiernos, encauzar y robustecer la acción social; completarla, finalmente, á los escritores, á la Prensa, á la Industria y al Comercio.

¡Ah! si su acción coincidiera, ¿cómo se vería transformada la actual vida pobre, falsa, mezquina, convencionalista, contraria á toda alteza de miras, del sér racional!; ¿cómo inauguraríamos una era rosada de dichas y de bienandanzas, dentro de la ventura que en el mundo es posible! ¡Y cuán enorme es la responsabilidad contraída por aquellos que, pudiendo imprimir con su influencia un movimiento redentor á la decaída sociedad presente, se consumen en una actitud aquietada, expectante, dijérase que criminal y suicida!

Pero ello es preciso, absolutamente preciso. La avalancha socialista que marcha á nuestro encuentro; el mar de lava anarquista que nos amaga con la muerte, exige de todos los hombres de corazón ¿qué menos? el cumplimiento estricto de nuestros deberes para con el prójimo, cuyo amor lo tenemos postergado á todos los amores, al propio, hasta á los más rastreros. Recordemos que en cada hombre debemos ver un hermano querido, según las enseñanzas de aquel á quien tan fingida devoción rendimos. Sea la sociedad refugio protector del infortunio, en vez de asilo del ruín desprecio y del necio orgullo. Bórrese de los Gobiernos el merecido dictado de explotador del ciudadano, sustituyéndolo con los más preciados de tutor cariñoso é infatigable difundidor de la cultura. Ocúpense la Prensa y los escritores públicos de llevar al convencimiento de la generalidad estas profundas al par que sencillas verdades. Abdiquen en parte de sus corrientes fines la Agricultura, la Industria, el Comercio, tendiendo á aliarse con el

obrero, como elementos que son de la producción y del trabajo.... Hágase todo esto y el ejército socialista no huirá á la desbandada, sino que vendrá á arrojar en los brazos que se le tiendan en señal de paz, de afecto, de reconciliación.... y de justicia.

De lo contrario, persistiendo en la egoísta línea de conducta que hemos adoptado; siguiendo distanciadamente, cual hermanos mal avenidos, las diferentes clases sociales; permaneciendo frente á frente el capital y el proletario; ausente la caridad en el corazón de los hombres, nuestro porvenir es clarísimo. El socialismo, y tras del socialismo el anarquismo, adquirirán prosélitos, y, en nombre de la reivindicación de derechos indiscutibles, destruirán en un momento toda la organización social, convirtiendo en cenizas los Estados más ó menos salvajes ó civilizados.

FRANCISCO VALBUENA VALVERDE.

Aznalcázar (Sevilla).

## NECROLOGÍA

DE

Don Manuel Silvela y de Le-Vielleuze

ACADÉMICO DE NÚMERO

II

Las tareas forenses, á las que se entregó Silvela en los mejores años de su vida con devoción intensa, si bien un tanto forzada, ejercen singular influjo sobre las demás funciones de la inteligencia y la voluntad; vigorizan para el razonamiento, adiestran en la persecución y el consejo, despiertan energías para la lucha, curten para resistir con entereza el agravio, la injusticia y la ingratitud de las gentes; pero agotan y secan para producir obras de ingenio con largo alcance y honda labor: así es que pueden formarse y crecer al compás de las contiendas judiciales, políticos, administradores ó pedagogos ilustres, pero jamás verdaderos poetas, novelistas, literatos, filósofos ni críticos de considerable valor, siendo esas labores de los abogados más eminentes las más sometidas á una dura ley impuesta á las producciones del espíritu, según la cual, los escritos de que se vive no logran ellos vivir.

Pronto el imperio de esos cánones imprescriptibles señalados á la inteligencia humana, se impuso á Silvela, y la musa retozona de sus artículos literarios huyó de su lado desatendida, dejando el puesto á la administración y la política y asomando muy de tarde en tarde su sonrisa, por entre los folios del papel sellado y las páginas de los diarios de Cortes. Fué elegido Diputado en 1863, y ya no dejó su asiento en el Congreso ó en el Senado hasta su muerte, interviniendo en los debates más notables con discursos que desde un principio fijaron la atención de la gente política, si bien se advertía en ellos, más de lo conveniente para la rudeza y el efectismo un tanto teatral de las lides parlamentarias, al delicado escritor de amena crítica.

Era, en efecto, condición peculiar de su oratoria y su estilo, aquel perpetuo recuerdo de los amores literarios de su juventud, nunca borrados del todo por las afecciones más persistentes y positivas de las tribunas política y forense; parece como si aquella primera pasión, desdeñada más por los consejos de la razón madura que por las aficiones del alma, reclamase siempre una memoria de su preferencia, y estuviese presenciando é interviniendo los actos todos de su infiel amante. En las más áridas discusiones sobre una ley de Hacienda, cuando en los bancos de una Asamblea revolucionaria se agitaban las ambiciones contrapuestas, ansiosas por hallar la falla en la armadura del contrario, para herirle de muerte y pasar sobre su cadáver; en la defensa de una criminal mujer, arrastrada por pasión viciosa al parricidio; en el dictamen reposado sobre una contratación civil, hallaba Silvela manera y ocasión á suscitar la sonrisa de los oyentes, ó dejar estampado el eco de una observación festiva, con arte maravilloso para evitar el escollo del *non erat hic locus* del precep-

tista, y regocijando su obra con aquella particular virtud de un rayo de sol, que nunca descompone la armonía de un paisaje, bien sea éste risueño ó abrupto.

En 1864 ocupó la Dirección de Instrucción pública, por uno de esos breves períodos que sólo dejan lugar á nuestros estadistas para acreditar sus buenos propósitos, su deseo de mejorar los servicios y su actividad en poner al corriente los expedientes atrasados: debieronle, no obstante, las letras españolas un positivo servicio en la publicación de las *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*, con preciosos escritos del gran hablador é interesantes noticias para la historia literaria de su tiempo.

Era Silvela hombre de valor cívico sereno, y tuvo ocasión para acreditarlo en aquel puesto, con riesgo y aun daño no pequeño en su persona.

El cólera había invadido rápida y crudamente á Madrid; era tanta la fuerza del contagio, que el Gobierno juzgó prudente detener en la Granja á la Real Familia, ya muy avanzado el Otoño; el vecindario de la Corte organizó la Sociedad de *Amigos de los Pobres*, no bastando los medios de la Beneficencia pública para atender á tanto enfermo; una noche mostróse cruel la terrible plaga en las Escuelas Pías de San Antón; sucumbieron en pocas horas varios padres, muchos dependientes y alumnos, mientras otros luchaban con las angustias del mal, abatiendo el terror los ánimos de guardianes y enfermeros, hasta el punto de producirse en el Colegio y cundir por el barrio extraordinario pánico; advertido el Director de Instrucción pública, acudió presuroso al Colegio, animó con su ejemplo á los abatidos, dió confianza á los enfermos, ayudó á los médicos y á los hermanos en sus cuidados, y pasó veinticuatro horas sin abandonar el edificio, cayendo herido del mal y logrando su vigorosa naturaleza vencerlo, mas no sin quedar lastimado tan hondamente, que por largo tiempo sintió en crueles padecimientos las consecuencias de aquel acto valeroso y caritativo, que los deberes de su cargo oficial no le imponían como necesario.

Tras algunos años de reposo en nuestras alteraciones políticas, que entretuvo con fortuna y brillantez la Unión liberal, vinieron las agitaciones militares dirigidas por los partidos extremos, y las represiones violentas de los Gobiernos, ensangrentando unas y otras nuestros campos y plazas, y tuvo Silvela el valor de alzar el primero una súplica de perdón en las Cortes para los extraviados ejecutores de la sublevación del 22 de Junio del año 1866, figurando entonces en el pequeño grupo que siguió las inspiraciones de Ríos Rosas; y cuando en 1868 la Revolución llegó á producir frutos sazonados y cosechables, merced al preciso injerto de un partido conservador en el bravío tronco, se hallaba Silvela en la extrema izquierda de los monárquicos gubernamentales, y también con su poquito de persecución por la libertad, pues meses antes del alzamiento de la escuadra en Cádiz sufrió destierro en Toledo, como firmante de una exposición á la Reina contra el Gobierno presidido por González Brabo.

Su puesto estaba marcado, por estos antecedentes, entre los vencedores; pero no había participado en los trabajos revolucionarios, no le inclinaba su natural á disputar preferencias, ni á co-dear ansioso en las filas para asaltar delanteras, y no pasó, en los primeros momentos, de las posiciones secundarias, siendo individuo del Ayuntamiento de Madrid bajo la presidencia de Rivero, Diputado en las Constituyentes, y figurando como representante de los conservadores en la Comisión encargada de redactar el proyecto constitucional.

En aquellos memorables debates, cuando la retórica parlamentaria disfrutaba todavía altos prestigios, y las galas de la elocuencia política gustaban y se aplaudían por el vulgo de las gentes, y los oradores movían con sus discursos en algunos momentos á mayorías y partidos, no pasó inadvertida una discreta y literaria oración en defensa del principio monárquico, no obstante contrariar su sentido en algo substancial las corrientes de los tiempos; y alcanzó más memorable victoria, salvando con otro discurso en la Constituyente á la iglesia de las Calatravas, condenada, en unión del convento, á inmediato derribo. Fué este triunfo muy celebrado por entonces, y era en verdad

arduo el intento en aquella Asamblea, tratándose de reo tan calificado como el aristocrático templo, y agravada su natural condición, con el público desafío que las pinturas borbónicas de sus medios puntos, lanzaban á las agitadas pasiones del momento; pero con tan amena persuasión enumeró el orador los recuerdos gloriosos de más remotos siglos, los útiles servicios espirituales que prestaba á la población, á la par devota y elegante, de aquel céntrico barrio, y hasta la artística disposición de su cúpula, que corta con línea armoniosa el horizonte de aleros y tejados de la villa, contemplada desde sus paseos más concurridos, que logró el indulto para la iglesia, conformándose el Ministro de Hacienda con vender tan sólo el convento, y la Revolución con mudar de casa á las monjas.

Pasado el primer acceso de la fiebre revolucionaria, cuando se preparaba la coronación del edificio, como entonces se decía, el General Prim llevó á Silvela al Ministerio de Estado. Los hombres más experimentados y con mayor influencia en el Gobierno parecían conformes en cerrar el período constituyente con esta fórmula, que adquirió mucho favor por aquellos días: una Constitución, un Rey y un presupuesto, de cuya trilogía faltaban los dos últimos actos, sin duda los más dificultosos para nuestro carácter nacional, y en los que la Revolución se estrelló: el Rey y el presupuesto.

Silvela se consagró con todas las fuerzas de su carácter, que eran grandes cuando se decidía á ponerlas en acción, al segundo acto, á la elección de Monarca, del que se aguardaba la paz definitiva para España y la clausura irrevocable del ciclo revolucionario, y éste fué el suceso político culminante de su vida, en el que concentró sus fuerzas, sus ambiciones, sueños de grandeza para su Patria y de inmortalidad para su nombre; donde puso su fe, sintiendo con convicción profundísima que tocaba ya á la realidad de todas esas esperanzas, y donde recibió, con el desengaño, el golpe mortal, que le hirió cual dardo emponzoñado, cuya lesión no se cerró nunca más en su alma, perdiendo por ello la confianza en los destinos de su país, y el interés vivo por la política y la gobernación del Estado; pues si bien ejerció en lo sucesivo el papel que le señaló su partido, con fortuna, con aceptación para cuantos le trataban, fué ya sin horizontes de mayores intentos, sin pasión por el mando, estimándolo tan sólo como accidente secundario de la vida.

FRANCISCO SILVELA.

## LOS PIES EN HUELGA

Lo que voy á contar es un sueño que tuve la otra noche. Parecíame asistir á una gran reunión que todos los pies conocidos, declarados *en huelga*, tenían al aire libre. Era un *meeting* pedestre celebrado para tratar de un asunto que á ellos les interesaba sobremanera: el de su emancipación completa é indefinida.

Abierta la sesión á las tres de la madrugada, hora en que los pies podían abandonar impunemente á sus dueños, dormidos á la sazón, ocupó la presidencia un *pie de banco*, bastante respetable desde que las *salidas de pie de banco* están tan en boga.

Ocupados los asientos por una multitud de pies de varios géneros y condiciones, el presidente se puso.... en sí mismo, es decir, se puso en pie, y dijo estas palabras para explicar el objeto de la reunión:

— Señores, yo no soy quizá el más autorizado para presidir este *meeting*; pero me consuelo con que así sucede en otras reuniones.

— ¡Muy bien dicho!

*El presidente*: Ea, no interrumpirme. Ya creo que sabéis cuál es el tema puesto á discusión esta noche. Los pies estamos cansados de ser esclavos; no queremos seguir sirviendo al hombre ni á la mujer, tan desagradados con nosotros, cuando nosotros somos los que los llevamos á todas partes, sin exhalar un suspiro, sin formular una queja....; y el que no se sirve de nosotros anda con muletas, como es probado. Pues bien, caballeros *pies*; la hora de la emancipación ha so-

nado. ¿Hemos de ser menos que nuestros señores?.... ¿Por qué razón ellos quieren ser libres, y nosotros.... (es decir, vosotros, porque yo no soy de carne) habéis de estar sujetos al tobillo, sin poder salir á echar una cana al aire ni un momento siquiera? Esto es inicuo; os tratan como á chiquillos.... Ya es hora de que rompáis los *tendones* de vuestra potestad.... *Hora est jam de somno surgere*.... He dicho.

(*Aplausos atronadores*.—*Algunos pies se acercan á felicitar al orador por el latinajo final*.)

Puesto á discusión el punto, pidió la palabra en contra el *pie de una señorita*, que se expresó en esos términos:

—Compañeros: Realmente, la idea para que hemos sido convocados es una de esas ideas simpáticas; pero esto, como todo, tiene sus inconvenientes. ¿Qué sería de nosotros el día en que nos viéramos desligados de nuestros individuos é individuosas? ¿Quién nos alimentaría?... (*Murmullos*.)

*El Presidente*: Al orden. Aquí todos pueden hablar como quieran. Ojo con la campanilla.

*El pie de la señorita*: No hago caso de ciertos rumores, y continúo. Yo, señores, pertenezco á una señorita. Mi hermano y yo somos lo mejor que tiene, y eso que ella es guapa. Siempre me están echando piropos, siempre estoy asomándome por debajo de la falda, y cada vez que oigo decir á los *pies de usted*, me engrío y me entono como nadie. Debería quejarme, porque voy metido en una botita estrecha que me hace ver las estrellas; pero todo lo doy por bien empleado. No tengo más que decir.

*El pie de un cesante*: Pido la palabra en pro.

—La tiene V. S.

—Yo sostengo que el objeto de esta reunión es laudable. *El pie de la señorita* ha dicho cuanto le ha parecido, porque á él le va muy bien, y se conoce que come á dos carrillos. ¿Qué me importa á mí separarme de la canilla de mi amo? ¿Dejaré de comer por eso?

*Un pie dormido*: ¿Quién grita por ahí? ¡No despertarme!

*El pie del cesante*: Yo he acompañado inútilmente á mi amo á los ministerios y á casa de las personas influyentes. Cada vez que el amo recibía un desengaño daba una fuerte patada, y excuso decir lo que habré sufrido. Repito, pues, que debemos emanciparnos.

*El pie de un zapatero*: Me parece queridos colegas que aquí cada cual habla de la feria según le va en ella. Esto me anima á pedir muy alto que no se apruebe la proposición, porque mi amo moriría, de seguro, no teniendo pies que calzar, y yo moriría con él. Esta proposición es muy descabellada, y estoy en un todo conforme con las ideas de mi compañero *el pie de la señorita*.

*Un pie forzado*: Yo sirvo para hacer versos, y como mi nombre indica, sirvo á la fuerza. Deben suprimirse para siempre esas modas poéticas.

(En esto se alteró el orden por breves momentos, á consecuencia de una disputa entre dos *pies* que se habían *pisado* en un ojo de gallo que llevaba el uno, y un *juanete* que tenía el segundo.)

*Todos*: Silencio; aquí no se traen ojos de gallo.

*El pie de un presidiario*: También estoy de acuerdo con S. S. en lo de pedir la libertad. ¿Alguno de ustedes ha estado en presidio? Pues aquello no es vivir. No les basta que uno no pueda moverse del tobillo, sino que aún le ponen cadenas y grilletes en el *cuello*, para que vayamos con más *fantasía*.

*El pie de Blondin*: Yo no cambiaría de dueño por nada del mundo. A mí y á mi compañero nos debe su reputación y dinero, y todos admiran mi seguridad.

*El presidente*: Vamos; ya veo que, aunque parecía que esta reunión iba á ser altamente liberal, son casi todos ustedes reaccionarios y van sacando los *pies de las alforjas*.

*Un pie quebrado*: No, señor; yo quisiera dejar de ser lo que soy, porque no me gusta presentarme en quiebra.

*Una voz*: ¡Afuera ése! Aquí sólo hablan los pies de carne.

*El quebrado*: Tampoco el presidente lo es.

*El presidente*: Tiene usted razón. Con que ¿se aprueba la proposición, ó no?

*Varias voces*: Sí, sí. ¡Viva la libertad!

Otras: No, no. ¡Viva la esclavitud!

*El pie de un torero:* Opino como los que dicen que sí. Mi vida es un ¡ay! continuo, y siempre me figuro que voy a recibir un pitonazo.

*El pie de un escritor:* Yo digo que no, porque le hago falta a mi amo para escribir.

*El pie de un niño:* Que no también.

*El pie de una señora con coche:* Repito lo mismo. No debe aprobarse esa proposición, porque a mí me va bien. Apenas me muevo.

*El pie de gato:* Que no. Yo hago ruido en el mundo.

*El pie derecho:* Yo sostengo edificios y me doy tono; por consiguiente, digo que no.

*El pie de imprenta:* Pues yo que sí.

*El presidente:* Pero señores, ¿qué es esto? Aquí nadie se entiende. Sé acabó el debate. Se va a votar la proposición.

*Una voz:* Pido que la votación sea nominal.

Hecha la votación, y verificado el escrutinio, resultó desechada la proposición por nueve votos contra siete, en esta forma:

Señores que dijeron no:

*El pie de una señorita.—El pie de un zapatero.—El pie de Blondin.—El pie de un escritor.—El pie de un niño.—El pie de una señora con coche.—El pie de gato.—El pie derecho.—El pie dormido.*

Señores que dijeron sí:

*El pie de un cesante.—El pie forzado.—El pie de un presidiario.—El pie quebrado.—El pie de un torero.—El pie de imprenta.—Señor presidente.*

Papeletas en blanco, una porción.

Y se levantó la sesión a farolazos; porque no habiendo conseguido el objeto *humanitario* para que fué convocada, se trabaron de palabras los señores y tuvo que entrar la guardia para dar a los *pies* un *pie de paliza*.

Eran las ocho de la mañana.

RICARDO SEPÚLVEDA.

## Medio siglo de teatro.

1850-1901

IX

*Baltasar.*—El drama de ideas.—El saloncillo de "El Príncipe".—*La campana de la Almudaina.*

Recordando el gran éxito de *El mal apóstol y el buen ladrón*, acuden a mi memoria otros muchos coetáneos, que forman una estela de gloria y una materia de crítica y observación, y que no deben pasar desapercibidos para quien trata de hacer la historia de aquel período de gran movimiento intelectual y literario.

El estreno del drama bíblico *Baltasar*, causa tal vez, de que *El mal apóstol y el buen ladrón* se escribiera, fué uno de los más grandes acontecimientos dramáticos que he presenciado; la sala de ese pobre teatro de Novedades, que hoy presenta el aspecto de una asquerosa ruina, hervía en lo más selecto de la sociedad madrileña y en lo más inteligente de sus escritores y periodistas. *Baltasar* llevaba algunos años escrito: se reconocía su gran mérito literario; el nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda era querido y respetado; no importaba que en un drama suyo anterior representado en el teatro del Circo, y que se titulaba, si no recuerdo mal, *Alfonso Munio*, la aparición de un gato que saltó sobre las candilejas al propio tiempo que un personaje exclamaba "Aquí hay gato encerrado", hubiese provocado la hilaridad y rebajado el éxito de la obra. Gertrudis Gómez de Avellaneda era la más varonil, la más correcta, la más inspirada de las poetisas españolas, y *Baltasar* era un gran carácter, que ella interpretaría, describiría y analizaría con gran acierto.

Pero las decoraciones que pedía eran costosísimas; los trajes lo mismo; solamente la idea de poner en escena nada menos que *El festín de Baltasar* arredraba, y dirigiendo la obra un cómico como Valero, tan exigente, tan incapaz de transigir con una corruptela, con un anacronismo, eran

precisos por parte de la empresa un valor, una confianza, una abnegación sin límites.

Aquella empresa tuvo toda esa abnegación y esa confianza; más de quince mil duros costaron las decoraciones, los trajes y el atrezzo; quizá por primera vez se vió en escena que la seda y el terciopelo eran auténticos; la comparsa vistió pieles, ciñó acero; flores traídas de Valencia arrojaron las bailarinas ante el escéptico y hastiado Rey; y cuando, al aparecer el fatídico "Mané Thecel Farés", el palacio se derrumbaba y las semidesnudas cortesanas huían de las llamas que lo invadían por todas partes, el espectáculo era tan grandioso, que el público lo acogía con bravos ensordecedores.

He visto muchos grandes espectáculos después, y no niego que hayan rivalizado con el que refiero; pero ¡oh dolor!, ¡oh decadencia de los tiempos! los he visto empleados en obras de magia, en bailes, en zarzuelas como *Los hijos del Capitán Grant*, en fruslerías teatrales; pero en obras literarias y que al propio tiempo requerían un gran trabajo por parte de los actores, sólo puedo citar el esfuerzo hecho por el gran Vico al poner en Apolo el drama del Duque de Rivas titulado *El desengaño en un sueño*.

Vico obtuvo menor resultado, porque el drama del Duque de Rivas no tenía la intensidad escénica del *Baltasar*. El pensamiento de la Gertrudis era hermoso; presentar el hastío regenerado por la idea de lo infinito, de lo inmortal, de Dios; hacer resucitar el espíritu del desdichado Rey, que con desdeñoso gesto manda que se retiren las danzadoras que le cubren de flores y tratan de excitar con inútil empeño sus sentidos; hacerle resucitar ante el inusitado espectáculo de un creyente, de Rubén, el judío, que en defensa de la virtud arrostra las iras del pueblo idólatra y de su monarca poderosísimo, y ser aquel genio, aquel Valero el intérprete de tan inmensa transformación en tres palabras que dijo como no se ha vuelto a oír en el teatro, como es imposible describir:

"Nadie le toque",

es una de esas maravillas que entristece el ánimo no volver a presenciar.

"Nadie le toque" decía *Baltasar* a aquel pueblo de fieras que perseguía a Rubén, y que tan asombrosamente ensayado estaba, que al aparecer por la puerta del fondo en pos del joven judío (Zamora) arrancaba un grito de espanto en el público, al que sucedía un aplauso ensordecedor (no se ve fácilmente aplaudir a los comparsas). "Nadie le toque", pronunciaba *en voz baja*; sin esfuerzo, sin desquite, sin hacer más que (casi nada) imponerse con la actitud, con la mirada, con el asombro que producía al rey aquella heroicidad del esclavo, y figúrese el lector, figúrese el efecto que haría en el público, ya enardecido por la artística presentación de la inteligente y bien ensayada comparsa.

Creedme, jóvenes modernistas, creedme; eso es ser actor, eso es lo que hay que hacer para levantar el arte.... ser genio.... *ser ó no ser*.... "Nadie le toque". ¡Qué frase tan sencilla! No es verso.... ni es prosa.... ¡Es verdad! ¡Por eso es tan grande! Y ya véis cómo nosotros, los viejos, habíamos puesto en práctica, antes de que viniérais al mundo, vuestras doctrinas. ¡Practicadlas ahora vosotros! Haced leer una cláusula de un testamento como la leía Julián Romea; haced decir "Nadie le toque" a un hombre de valor que ve perseguido a un inocente por las turbas; haced que un hombre público afectado por la amargura se reporte ante el aviso de un amigo como Pedro Delgado exclamando: "Ya estoy sereno", y no volveremos a discutir jamás. ¡Ese es el arte! Pero temo que no lo logréis: confundís la naturalidad con la frialdad, la verdad con el estoicismo. Las décimas de *El mal apóstol y el buen ladrón*, que en mi anterior artículo citó, no las decía Valero del mismo modo que en el *Baltasar* las redondillas siguientes:

Dame, no importa a qué precio,  
alguna grande pasión  
que llene un gran corazón  
que sólo abriga desprecio:  
dame un amor que sentir,  
crímenes que cometer,  
venturas que merecer  
ó tormentos que sufrir;  
dame un placer ó un pesar  
digno de esta alma infinita,

que su ambición no limita  
á sólo ver y gozar:  
dame, en fin, cual lo soñó  
mi mente en su afán profundo,  
algo más grande que el mundo,  
algo ¡más alto que yo!

.....  
.....  
—¿Pues no es bastante, señor,  
dar un consuelo al que llora?  
—¡Soy tan dichoso, señora,  
que tengo envidia al dolor!

¡Claro está! Como que aquéllas eran una descripción, un cuento, una reminiscencia de los primeros años, y éstas la queja amarga de un hombre viril que siente en su corazón el hastío de los goces materiales; ambas arrancaban el aplauso, pero los sentimientos que evocaban en el corazón del público eran completamente distintos.

Y ya veis también cómo el drama de *ideas* no es nuevo.... ¡Qué ha de ser! El *Baltasar*, *La muerte en los labios*, *La devoción de la Cruz*, *La vida es sueño*, os lo prueban.... y no quiero, ni es posible en estos artículos hacer un examen de los *Autos sacramentales*, de Calderón. Ellos me darían la prueba plena; pero por si me argüís con su forma excepcional, á las obras dramáticas antes citadas me atengo. No habéis, pues, descubierto nada, no habéis adelantado nada. El *Hamlet* es un drama de ideas. *La Tempestad*, del choque de ideas hace surgir su rayo.... ¿Que no se deben sacar á escena personajes de época para escribir esas obras? ¡Y bien! Escríbanse con personajes de la actualidad. Los de *La devoción de la Cruz*, coetáneos de Calderón eran. El hábito no hace al monje; lo que es preciso crear es el *monje*, y eso es lo que, á pesar de tanta halaraca modernista, todavía no hemos visto en la escena española del siglo XX.

Y no será ¡vive Dios! porque encontréis cerradas las puertas del Teatro contemporáneo: hoy precisamente la cualidad de joven y de reformador es un talismán para abrirlas. "La juventud es la edad del estudio—decía nuestro maestro Gil y Zárate,—no la de dar obras al público". Gil y Zárate se equivocaba. "No se escribe con las canas, sino con el entendimiento"—dijo Cervantes, y dijo una gran verdad. Vengan, pues, esos dramas de ideas; quizá el público los rechace, pero las empresas no os los rechazarán.... Aquellas tristes historias de *Verdades amargas*, de Luis Eguilaz, de DON FRANCISCO DE QUEVEDO, de E. Florentino Sanz, de *La Campana de la Almudaina*, de Palou y Coll, de *Doña Leonor Pimentel*, del autor de estos artículos (perdonadme la cita), son ya legendarios; hoy no sufre el poeta aquel amargo *via-crucis*. Hoy entra en el saloncillo de El Príncipe y no se encuentra allí con un Bretón de los Herreros, un Hartzenbusch, un Manuel Tamayo, un García Gutiérrez, un Juan Nicasio Gallego, un Patricio de la Escosura, un Manuel Fernández y González, un José María Díaz, un Cayetano Rosell, un Antonio Hurtado, rodeando á un Romea, á un Valero, á un Arjona, á un Delgado.... Aquellos pavorosos *cónclaves* han desaparecido. Podrá toparse, por casualidad, con Echegaray, con Sellés, con Pérez Galdós, con Benavente; pero, además de ser pocos, no suelen permanecer allí mucho tiempo; dejan que el joven se introduzca y hable y presente su mercancía. ¡Los obstáculos tradicionales han desaparecido, y se tiene tal vez más fe en el porvenir que en el pasado!

Adelante, pues; los viejos moldes, ello mismo lo dice, están viejos; el troquel gastado no acuña bien la moneda.... Dejaos de refundir obras de Calderón y de Lope. Tenéis pocos años para engolfaros en el polvo de las bibliotecas, y demasiado espíritu invasor para adaptaros á aquella literatura impregnada de otras ideas. No se montan sobre ruinas los dinamos engendradores de la electricidad que hoy nos alumbrá. Vosotros no tendréis necesidad de reducir vuestras obras de cinco actos á tres, ni de cambiarles el título de *La corona de espinas* por el de *La campana de la Almudaina*; vosotros no necesitaréis que un Luis Eguilaz os obligue á rehacer el plan de vuestro drama; vosotros no os veréis en la contingencia de que se ensaye por compromiso, por complacer á vuestro Mecenaz.... nada más; vosotros no llegaréis á la primera representación viendo que una tan gran actriz como Teodora dice en tono sarcástico las frases de vuestra obra, para disculparse ante el público de representarla, y precisamente por de-

cirlas así grita: —¡Toca! —¡Toca! —y enloquece al público, asombrado ante la grandeza de la situación. ¡Todo eso pasó! ¡Pasó para no volver nunca! ¡Pero quiera el Cielo que con ello no hayan pasado también la inspiración, la grandeza, el genio, el arte que lo engendraba!

MANUEL VALCÁRCEL.

## RATOS DE SOBREMESA

### LOS ALIMENTOS

D.<sup>a</sup> CATALINA.—Tú todo lo encuentras á las mil maravillas; pero yo lo que veo es que vamos de mal en peor. Cada vez se puede tratar menos con la gente.

D. JOSÉ.—No teniendo más gufa que nuestra propia historia personal, se juzga siempre como ahora lo haces tú; porque en la edad de nuestra inocencia, ó sea de nuestra mayor ignorancia, no vemos el fondo de las cosas, y es virtuoso para nosotros todo el mundo. Luego empezamos á distinguir, y nos parece que los vicios que vamos descubriendo son una novedad.

D.<sup>a</sup> C.—¡Desengáñate!

D. J.—Tú eres la que ha de desengañarse, reparando en que uno de los dos primeros hermanos que hubo en el género humano, según leemos en la Biblia, fué Caín. Y no necesito decir más, para que te convenzas de que las miserias humanas son antiguas; pues aun las personas que niegan á la Biblia todo carácter divino, han de reconocerla el de su antigüedad.

D.<sup>a</sup> C.—Pues yo creo que nunca ha de haber estado el mundo tan mal como ahora.

D. J.—Eso ya es cerrarse á la razón, y creer porque sí. Mucho siento que lo hagas.

ANTONIO.—Parece imposible, papá, que no se convenza usted de que Caín era un angelito.

D. J.—No está bien que emplees ese tono de burla al disentir de mamá, ni de nadie. Se presentan razones y se respeta á quien creemos engañado; único modo de que nos veamos respetados y de que no se extravíe la discusión, degenerando en altercado ó en riña. Por lo demás, es enteramente indudable para mamá — como para todo el que piensa — que los pueblos salvajes son más feroces, intratables y pecaminosos que los civilizados; como es indudable que la fruta silvestre es menos gustosa, digestiva y alimenticia que la cultivada.

D.<sup>a</sup> C.—Pues yo no tengo noticia de que mi familia descendiera de salvajes.

D. J.—Ni yo conozco mi árbol genealógico hasta su entroncamiento con esos señores; pero debo creer que la existencia de nuestros más remotos antepasados tiene que haber precedido á la invención de las telas, casas y herramientas de todo género, y aun á la captura y doma de los animales que sirven de auxiliares á los hombres. Por consiguiente, dejo á tu consideración el nombre que debemos dar á tales tatarabuelos nuestros, que andaban desnudos, carecían de hogar y de todo auxilio que no fuese el de las piedras sueltas y las ramas de los árboles, y no sabían la o.

A.—¿Qué tiene usted que decir á eso?

D.<sup>a</sup> C.—Que te calles.

CARMENCITA.—Sí, hombre, cállate y no molestes á mamá.

D. J.—¡Vamos á ver si tienes juicio, Antonio! Pues bien; con arreglo á lo que merece llamarse progreso de la Humanidad, el alejamiento del salvajismo — que ésta consigue para sí á fuerza de trabajo — es constante, pero despañosísimo. Tanto, que ninguna sociedad humana ha logrado constituirse únicamente con sabios; los cuales siguen aislados entre una masa general de ignorantes, como en tiempo de Sócrates, que vivió y murió hace ya dos mil años. Pero he dicho mal....

A.—¡Qué papá! Ahora es cuando me parece que no dice usted bien; al maltratarse, suponiéndose capaz de decir lo que no debe.

D. J.—Sería mucho más imperfecto de lo que soy, si no pudiera reconocer algunas veces mis errores y acudir á su enmienda. Está bien que me ames, porque yo también te amo á ti, pero no lo lleses al extremo de creerte infalible. Y continúo diciendo acerca del progreso humano — y en confirmación de lo dicho, — que á no ser porque *no se estila*, muchísimas personas de nuestras naciones cultas actuales adorarían á Júpiter con la misma fe con que hoy adoran á Jesucristo; de igual manera que se lanzan á la guerra más feroz contra sus semejantes, como lo hacían las muchedumbres de la antigüedad, y á despecho de la doctrina cristiana que nuestras gentes creen seguir, pero que suelen desconocer tanto como si fueran gentiles. La ignorancia es su pecado. El mío de antes fué decir que el aislamiento de los hombres conocedores de verdades elevadas es ahora el mismo que hace dos mil años, cuando no puede ser así; pues la invención de la imprenta ha extendido extraordinariamente la palabra de los sabios, y los adelantos de la ciencia y de la industria han favorecido en tal grado esta difusión, que puede asegurarse, con

la más perfecta aquiescencia de la lógica, que el número de personas redimidas de la afrentosa esclavitud de la ignorancia máxima, ha de ser hoy mucho mayor que cuando Sócrates murió por su *delito* de no pensar como los poderosos de su tiempo, y que ese número aumenta *de día en día*, aunque sea con relativa lentitud. ¡Pero cuánto falta todavía por hacer! Empezando porque cuantos se lancen á desempeñar el alto cargo de maestros del vulgo, lo hagan sin pasión; para evitar á éste el mal ejemplo de ella, y á sí mismos la ceguera que siempre ha de acompañarla.

A.—¡Qué lástima que no le oyese á usted todo bicho viviente! ¿Por qué no imprime usted todo esto que nos dice á nosotros?

D.<sup>a</sup> C.—Sí; echaremos la casa por la ventana, que nos lo agradecerán muchísimo. Atiende á lo que ha dicho tu padre que le pasó á ese Sócrates (me parece que le ha llamado así), y ya sabemos también lo que sucedió á Jesucristo. No te se olvide que al que se mete á redentor, le crucifican.

A.—¡Qué cosas se la ocurren á usted! Pues si no hubiese habido grandes hombres que se sacrificaran generosamente por los pequeños, no tendría usted casa donde vivir, ni mucho menos la tranquilidad de ser respetada en ella con todos nosotros, etc., etc.

D. J.—Dices muy bien, y te oigo con gusto; pero le tendría mayor si consiguieras argumentar con calma, sin exaltación; pues así correrías menos riesgo de turbarte y de turbar á la persona á quien te diriges.

D.<sup>a</sup> C.—Ya lo haré, ya lo haré. Es su temperamento. ¿Cómo no le he de conocer, si es mi hijo?

D. J.—Supongo, Antonio, que encontrarás en esas benignas palabras el alma de una buena madre, y en las severas advertencias más el espíritu de un padre cumplidor de su deber.

A.—Es verdad, y ustedes dispensen.

C.—¿Pero no decía usted que hoy nos iba á hablar de los alimentos? No se le olvide á usted.

D. J.—No estoy hablando de otra cosa; pues lo que he dicho de las frutas silvestres y cultivadas, comparándolas con las personas salvajes y cultas, no envuelve más que una diferencia de alimentación de las plantas y de la inteligencia, productoras respectivas de frutas y de ideas; sólo que hemos mezclado en la conversación algunos asuntos distintos del principal, según es costumbre; muy pernicioso por cierto, pues no puede menos de dar motivo á confusión.

C.—Es que yo creía que aludía usted á las comidas.

D. J.—Todo se andará. Pero empezaba por el alimento del espíritu, que es el de mayor substancia y único que no compartimos con los irracionales. Y si no, reparad en que los perros y los gatos dan muestras de conocer el mérito del jamón y los pastelillos tanto como nosotros; de donde se deduce que nuestra superioridad debe estar en otra parte. Y así es, con efecto; pues se halla en el descubrimiento de la alta Verdad; de que ellos son incapaces, más allá de la que se revela inmediatamente á los sentidos. Por manera, que en presencia de un hecho, tal como el chasquido de un látigo, puede un irracional *deducir*, y no es poco, la inminencia del latigazo que suele seguirle, y puede tratar de esquivarle; pero jamás se elevará á la explicación del chasquido, ni á la del dolor; porque su mente incapaz carece de medios para investigar el enlace de los hechos más allá de la primera generación de ellos, estándole así negada toda percepción de las relaciones existentes entre los ulteriores grados de parentesco de los mismos. A consecuencia de ello, no está llamado el irracional á enterarse de que la ondulación del látigo se transmite al aire; que la de éste hace vibrar la membrana del tímpano del oído; que el nervio acústico transmite al sensorio central esta vibración, reproducida con toda fidelidad por la corriente del fluido nérvico correspondiente, y que, al llegar ésta á su destino, da la sensación que lleva el nombre de sonido. Tampoco se halla destinada la mente del irracional á entender que el golpe del látigo sobre su piel hace en ella un efecto parecido al de la onda sonora sobre el tímpano, percutiéndola y poniendo en acción la corriente de los nervios sensitivos, que la descarga á su vez, con violencia proporcionada á la de origen, sobre los centros nerviosos cerebro-espinales; produciendo en ellos una dolorosa conmoción.

C.—Lo explica usted muy claro.

D.<sup>a</sup> C.—Sí; con esas explicaciones se salvó la patria.

D. J.—Tú lo has dicho; porque sería, efectivamente, muy otra la suerte de España, si hasta el último de sus carreteros estuviera en disposición de explicarse así sus latigazos. Este hombre se hallaría entonces más por encima de las caballerías que los reciben; y como la armonía — esto es, la lógica, — es señora del Universo, ese hombre se conduciría con proporcionada superioridad en todas sus acciones. Esta superioridad alcanzaría á las demás jerarquías sociales, y resultaría *transportado* á un tono mucho más alto que el de hoy el grandioso himno de nuestra vida nacional.

A.—¡Bravo, papá!

D. J.—No me distraigas, hombre.

D.<sup>a</sup> C.—¿Sabes lo que digo? Que es lástima que no te hagan Diputado.

A.—¡Ya lo creo! Pero más lástima es que no le oiga nadie estas cosas más que nosotros.

D. J.—Pero, hombre, esto no tiene nada de particular. Tú te haces muchas ilusiones. Lo que estoy diciendo es cosa corrientísima; y puedes creer que lo que tiene de aspiración á un mejoramiento general, se realizará andando el tiempo, con mi pobre intervención ó sin ella. ¡Pues no faltaba más, sino que el porvenir del ser racional dependiera de que uno de sus individuos hubiese aprendido ó no á escribir, y lo hiciese ó lo dejase de hacer, una vez que supiera! Y á propósito de la escritura....

C.—Diga usted, diga usted; que eso me parece que va á ser interesante.

D.<sup>a</sup> C.—Os ha dado por ahí á todos. Bien dicen que un loco hace ciento.

A.—¡Muy bien! Se ha lucido usted.

D. J.—¡Muy mal, digo yo, Antonio! Tu madre no tiene la culpa de haberse educado en una atmósfera de ideas distintas de las actuales, y especialmente de las más personales; que podrán tener, de todos modos, las singularidades propias de todo individuo, tan difíciles siempre de adaptar á otra persona. Por sólo esto, tiene mamá derecho á que respetes su modo de ver, sea el que quiera. Y no traigo á la cuenta el derecho de sus virtudes y de su infinito amor para ti, porque no quiero agravar tu situación.

D.<sup>a</sup> C.—¡Hombre, por Dios, no des tanta importancia á una broma del muchacho!

C.—¡Vamos, papá, siga usted, que, efectivamente, es una broma, y bien conoce usted el fondo del corazón de Antonio.

A.—¡Ya lo creo que lo conoce! Y por lo mismo, y porque á mamá la gusta mi buen humor, en vez de incomodarla, digo todas esas majaderías.

D. J.—Sin duda que es así; pero me gustaría más que no las prodigases tanto. Respecto á lo de la escritura, y por consiguiente de la lectura, iba á decir y diré en su honor, que es el medio de hablar con quienes ya están muertos y con quienes habrán de nacer, ó sea cuantos se hallan fuera del alcance de nuestra voz y nuestros oídos. Tan grande es, por consiguiente, la sublimidad de la escritura y lectura, que obliga á ver en el maestro de escuela el cimiento del edificio social de la Humanidad.

D.<sup>a</sup> C.—Comprendido.

D. J.—Lo celebro mucho, querida esposa. Pues añado que la invención de la imprenta ha multiplicado al infinito los beneficios de este prodigioso arte de escribir, y que éstos son tales como corresponde al influjo vigorizador que la difundida Verdad ejerce sobre el alma racional; pues aunque sea cierto que es de hombres engañarse, y que un error extendido por la imprenta obtiene de ésta el favor más peligroso, hay necesidad de reconocer que nada tiene que temer de él la luz de la Verdad, por igual razón que la del sol no tiene que recelar cosa alguna de las demás luces que brillan en su ausencia; pues el espíritu tiene también su noche, alumbrada por las estrellas y nebulosas de la intuición y por las luces artificiales del sofisma.

C.—¡Caramba, cómo me gusta eso!

D. J.—Me alegro, hija mía. Pues la Verdad es comparable también al grano de trigo con que amasamos nuestro pan; no sólo en lo de alimentar nuestra alma, como éste alimenta nuestro cuerpo, sino en venir envuelta entre el error, como el grano entre la paja; siendo para este oficio de separar la una del otro, para lo que sirve la era de nuestro entendimiento.

D.<sup>a</sup> C.—¿Sabes lo que te digo? Que me voy conformando con orite.

A.—¡Ya puede usted jactarse de haber puesto una pica en Flandes, papá!

D. J.—Me guardaré muy bien de jactarme de nada; pero os confieso que me satisface mucho lo que acabo de oír á mamá. Y continúo diciendo que el contacto de la Verdad es santificador, porque ella eleva y formaliza el espíritu, en virtud de dar al argumento de razón predominio sobre el de fuerza bruta; de entender la Justicia y colocarla sobre las ciegas pasiones que la combaten; así como poner la Belleza ideal y Universal sobre la conocida no más que por los estrechos instintos, el bien de la Humanidad entera por corona del propio, y la sublime contemplación de la vida total del Universo como supremo goce y recreamiento de la de sí mismo. Esta es la razón de que los sabios proporcionen á sus semejantes tan escasos disgustos, y de que los ignorantes les den tantos y tan amargos; porque es evidente que *el que no sabe es como el que no ve*, según se ha dicho de antiguo, y que *la ignorancia es la madre de todos los esclavos*, conforme podría también decirse, empezando por los que lo son de los vicios y concluyendo por los que vienen á serlo de su pura ineptitud para hacer algo bueno, de su incapacidad, de su insipidez. Todos estos infelices necesitan ser redimidos, y sólo al maestro le está reservado el conseguirlo; que es por lo que la obra más grande de la caridad humana estriba en la enseñanza.

D.<sup>a</sup> C.—¿Y qué enseñanza es esa? De primeras letras no será, porque entonces hasta el aguador figuraría entre los sabios; y de doctor en Filosofía tampoco,

porque ¿quién nos iba á traer el agua? No te entiendo.

D. J.—Sin haber llegado al feliz extremo de que todos los hombres sepan leer en el gran libro de la Naturaleza, ya sube el agua hasta nuestra cocina sin necesidad de aguador; se aran, cavan y siegan los campos mecánicamente; se aventan, recoge y convierte el grano en harina de igual modo, y de igual modo se amasa nuestro pan y se impulsan los carruajes en que nos trasladamos de un lugar á otro; y por pura obra de las fuerzas de la Naturaleza general se recogen y reproducen nuestras facciones y nuestros movimientos físicos, nuestra palabra y nuestro pensamiento. Mañana, cuando nuestra sabiduría haya ido más allá, también lo habrán hecho nuestro poder y nuestra soberanía: también la victoria del espíritu sobre la materia: y todo hombre habrá ascendido á maquinista, en lugar de ser máquina.

D.<sup>a</sup> C.—¿Pero no decías que nos ibas á hablar de los alimentos?

A.—¡Luego dice usted, papá, que se me va la lengua! ¡Mire usted que es oportuna la preguntita!

D. J.—Eso no prueba más, hijo mío, sino que debe interesarnos también muchísimo la debida enseñanza de las mujeres; llamadas por la ley natural á ser el primero de los maestros de todas las familias, según son también su primer médico. Tu buena madre no puede menos de resentirse de la desatención educativa que nuestro sexo dedica al suyo, y con lo cual no hacemos más que desatendernos á nosotros mismos. Sólo el despejo propio de la mujer, sólo la energía de su intuición y de su afectividad son capaces de enmendar un tanto las consecuencias lamentables de nuestro pecado, en este punto cardinal; porque aquel varón que no está más instruido que la generalidad de las mujeres, hace en todas partes mucho menos buen papel que ellas.

C.—Gracias, papá, por la galantería.

D.<sup>a</sup> C.—¿Y yo, qué te diré, santo varón?

A.—Pues muy sencillo. Se le abraza, como yo hago, y nada más.

D. J.—Basta, hombre, basta, que no es para tanto. Pues otro día hablaremos algo de los alimentos corporales, porque hoy ya no tengo tiempo.

EDUARDO SÁNCHEZ Y RUBIO.

## LA CALLEJA DE LA AMAPOLA

(Conclusión.)

### IV

Cuando el sol estaba ya próximo á ocultarse tras los enormes picachos de Naranco y Peña Vieja, límite occidental del lebaniego país, empezó á bajar de Valmayor hacia Potes la numerosa comitiva que había concurrido á la función venatoria.

Precedíala el animoso D. Pedro á caballo, seguido de sus dos hombres de armas, también jinetes: detrás de ellos, dos largas filas de ojeadores, que bien serían ciento; y á lo último, entre las filas, y tirada por bueyes, la carreta, en que, no obstante el verde ramaje, ni las telas y cintas de vivísimos colores que adornaban los costados del vehículo y aun el lomo y el testuz de los bueyes, veíase tendida y envuelta en su velluda piel la corpulenta osa. Bajaban todos pausadamente y en silencio, hasta que llegaran al sitio en que el Merino había dicho que deberían comenzar los ruidosos alborotadores ujujúes.

Mientras esto sucedía, los peregrinos que dos días antes habían pasado en dirección al monasterio de Santo Toribio llegaban de regreso á la puerta de la torre señorial de la villa, pidiendo ver al bastardo hijo de D. Pedro para entregarle unas cintas tocadas á la reliquia de la Cruz; y el bastardo, que aliviado por completo de su enfermedad del día antes, estaba en la habitación á que correspondía la principal ventana de la torre, mandó al escudero que hasta allí guiase á los que con tan piadoso y laudable objeto decían que solicitaban audiencia.

—¿Todo bien?... —interrogó á los peregrinos el bastardo cuando con él quedaron solos.

—Sí; todo bien —contestó uno de ellos;— del convento, de la iglesia, del arca de las reliquias y del disimulado hueco en que los monjes guardan el tesoro. En esta calabaza, cuyo fondo sabéis que es de quita y pon, están los moldes libres de toda sospecha: Vedlos.

—No; no los descubráis; podría entrar aquí alguien, y conviene que nadie vea más que lo que habéis manifestado traerme.

—Bueno, las cintas. Ahí tenéis dos para que podáis ofrecer una á vuestro ilustre padre. Y vos ¿habéis hecho algo importante aquí?

—Sí; luego os daré algo para que lo llevéis con lo demás en vuestra calabaza. Pero ahora salid á esperar en el zaguán la venida del Merino Mayor, que volverá pronto de una cacería en que hoy quiso ocuparse, y á la que, fingiendo una enfermedad, me libré yo de asistir. Pronto, bajemos; que veo descender por aquella calleja

hacia el río una garrida muchacha, y corro á esperar que vuelva con su carga de agua y hacer mía su belleza.

Dicho esto, y ordenando al escudero que diese un refrigerio en el zaguán á los peregrinos, en cuanto el servidor entró para cumplir la orden, escapó el bastardo á colocarse en espera en una revuelta del estrecho callejón.

Con el ánfora sobre la cabeza subía tranquilamente Frunilda, cuando al traspasar los bardales en el primer recodo del camino vió al bastardo, que obstruyéndola el paso, comenzó á requebrarla en forma y términos libidinosos.

—Callaos—dijo severamente la muchacha—y dejad el paso libre á quien se avergüenza de que vos no os avergoncéis de vuestros propios actos y palabras.

—Esquiva sois; mas cederéis muy luego.

Y el malvado intentó ceñir el talle de la joven; pero ella le apartó, dándole una fuerte bofetada, al mismo tiempo que exclamó:

—¡Quitad, bellaco!

Y como si hubiera sido para aplaudir aquella energía de la virtuosa Frunilda, un ¡ujujú! atronador, expresado á un tiempo por cien voces, retumbó en lo alto del callejón.

—¡Por el Infierno—prorrumpió lleno de ira el bastardo;—las gentes de la cacería llegan ya por lo alto del barrio de San Pedro; pero antes que estén aquí os juro que cederéis, si no á mis instancias, á mis fuerzas!

Y otra vez sea delante hacia la joven, mientras más cercano se oyó resonar el ujujú; y entabló el malvado contra ella infame lucha.

Dióle otro bofetón Frunilda; pero con el esfuerzo perdió sobre su cabeza el equilibrio el ánfora, y cayendo, dió fuerte golpe en la sien á la muchacha, que exhalando un agudo grito, cayó sin sentido al suelo.

Bajábase hacia ella con la más torpe y más odiosa de las villanías el bastardo, cuando el salto del hortelano desde el pomar por sobre los zarzales al camino, y el muy cercano sonar de los pasos de caballos en el pedregal de la calleja, pusieron terror en el ánimo de aquel infame, que sin tocar á la joven huyó presuroso en dirección á la torre señorial.

—¡Justicia, señor, justicia!—exclamó el hortelano, dirigiéndose á D. Pedro.

—¿Por qué me pedís justicia? ¿quién ha matado á esta muchacha?

—¡Huyendo por ahí abajo va vuestro hijo, señor!

—¿A quién acusáis, desatentado? Mi hijo no ha salido de la torre.

—¡Y no obstante.... perdonad, señor! Vuestro caballo está pisando una joya.

—¡Qué!... ¡dámela aquí: es su amapola! ¡Vive Dios, que no se le olvidará nunca el día de hoy!

Un alarido horrible interrumpió á D. Pedro, y siguieron angustiosos gritos.

—¿Qué otro mal sucede ahora?—exclamó el Merino Mayor del Rey, adelantando su caballo. Llevad los más forzudos en brazos esa joven á la casa de su padre, y seguidme á toda prisa los demás.

Pero á poco que hizo descender por la calleja su caballo, vió un horrible espectáculo: su hijo, corriendo desatinado por el desigual y pedregoso callejón, había tropezado y, perdiendo el equilibrio, había ido á caer de bruces sobre los espinos de la orilla, que se le clavaron en el rostro, saltándole de las órbitas los ojos é hiriéndole y ensangrentándole en muchos puntos el semblante. Allí estaba, revolcándose en el suelo y presa de atroces dolores.

—¡Misericordia, perdón, padre y señor mío! ¡Ya la justicia de Dios me ha castigado: tened ahora vos piedad de mí!

—¡Piedad de tí! Todos los malvados, cuando sufrís castigo, reclamáis perdón; pero vosotros no tenéis misericordia para con los demás cuando inicua y villanamente delinquís.

—Yo no delinquiré ya más, y abomino de todas mis iniquidades anteriores, padre mío. Ahora, al permitir Dios que hayan sido arrancados los ojos de mi cuerpo, ha dado luz á los de mi alma; y veo todo el horror y toda la maldad, que antes no veía, en mi conducta hasta hoy. Creed en mi arrepentimiento, padre mío: os le demuestro avisándoos, para que prendáis y castigáis á dos falsos peregrinos que ahora hallaréis en vuestra torre. Dentro de una de sus calabazas de viaje llevan moldes, que en cera han hecho, de puertas y arcos del Monasterio de Santo Toribio, para con otros moldes, que de cerraduras de vuestra torre yo he tomado y hallaréis en mi maleta, fabricar llaves en tierra de Campos y volver con otros bandidos, de que yo era efe, á despojar la torre señorial y el Monasterio. Voy acaso á morir por la crueldad de los dolores que sufriendo estoy, sin que os mováis á darme amparo; hacéis bien: tampoco yo tuve compasión de aquel á quien en su

páramo hice acuchillar, para robarle con otras joyas, que para los desposorios de una infanzona llevaba, la amapola de oro y diamantes que he usado como escapapela.

—¡La amapola!—dijo triste y severamente D. Pedro;—la amapola, testimonio de vuestra criminal lucha contra una joven indefensa; la amapola, signo de vuestra infamia, pisoteada ha sido por mi caballo, y yo haré que no vuelvan á verla humanos ojos. ¡Piedad pedís! Tan pronto como vuestras heridas queden restañadas, os haré arrojar para siempre fuera de las merindades de que soy Señor, para que con vuestra ceguera, en los países á que Dios os gufe, seáis ejemplo, como ya lo sois aquí, de que tarde ó temprano llega para los malvados la hora de la justicia. Sólo me apena que no podáis ya ver, aunque sí os diré, el castigo que sufrirán esos dos bandidos, falsos peregrinos, cómplices vuestros, que decís están hospedados en mi torre: atados por los pies, serán antes de una hora colgados cabeza abajo, uno á cada lado del puente, y así morirán.

Por lo que á vos toca, pues la justicia de Dios háse anticipado á la mía, os daré el castigo de juraros que en la parte de mi pomar, correspondiente al sitio en que brutal y villanamente acometisteis á Frunilda, haré que desde mañana mismo se comience la construcción de una casa, primera que habrá en la calleja, y que donaré en perpetua propiedad para la joven y el hortelano, con quien se casará en seguida. Otro castigo he de daros también ahora, diciendo que ordenaré que la calleja sea de hoy en adelante llamada *Calleja de la Amapola*, para perpetuar con este nombre la historia de vuestra maldad y vuestro rápido castigo. Pero no ha de perpetuarse, yo os lo juro, el recuerdo de vuestro infamado nombre, porque ¡ay de quien se atreva á pronunciarle!

Por temor á la amenaza de D. Pedro, no escribo yo ahora el nombre del bastardo, quien, conducido á la torre y, algunas semanas después, cicatrizadas sus heridas, ciego y pobre, fué expulsado para siempre de los dominios de su padre.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

## EL CONCURSO DE "GENTE VIEJA,"

### BASES

1.<sup>a</sup> Deseando la modestísima empresa de este decenario dar todo el interés posible á su publicación, abre un concurso durante los meses de Enero y Febrero de 1902 para premiar un trabajo en prosa, de autor español, inédito, original, y cuya extensión no exceda de tres columnas de nuestro periódico.

2.<sup>a</sup> Estos trabajos tendrán necesariamente por asunto el siguiente tema: ¿QUÉ ES EL MODERNISMO Y QUÉ SIGNIFICA COMO ESCUELA DENTRO DEL ARTE EN GENERAL Y DE LA LITERATURA EN PARTICULAR?

3.<sup>a</sup> El concurso, que queda desde luego abierto desde esta fecha, se cerrará el día 10 de Marzo de 1902, á las doce de su mañana.

4.<sup>a</sup> Los trabajos se entregarán en la redacción de GENTE VIEJA, calle de Recoletos, núm. 10, Madrid, de once á una del día. También se pueden dirigir por correo certificados al Director de GENTE VIEJA. En todo caso al recibirlos se entregará ó remitirá el documento que lo acredite.

5.<sup>a</sup> Los trabajos se entregarán en paquete cerrado y con un lema, y á la vez, bajo sobre, con el lema lacrado, se entregará el nombre y domicilio del concursante.

6.<sup>a</sup> Formarán el Jurado calificador los Sres. D. Manuel del Palacio, D. Benito Pérez Galdós y D. Jacinto Benavente.

7.<sup>a</sup> El premio consistirá en DOSCIENTAS CINCUENTA PESETAS, que se entregarán al autor del artículo que designe el Jurado.

8.<sup>a</sup> El artículo que obtenga la preferencia del Jurado se publicará en el número del día 30 de Marzo de 1902.

9.<sup>a</sup> Los trabajos no premiados podrán ser recogidos por sus autores hasta el 10 de Abril de 1902.

Madrid 10 de Enero 1902.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.